



Nómadas. Critical Journal of Social and
Juridical Sciences

ISSN: 1578-6730

nomads@emui.eu

Euro-Mediterranean University Institute
Italia

Huerga Melcón, Pablo

Breviario de introducción al materialismo filosófico. La doctrina del Hiperrealismo,
epistemología, gnoseología y ontología

Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences, vol. 18, núm. 2, enero-junio,
2008

Euro-Mediterranean University Institute
Roma, Italia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18101811>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

BREVIARIO DE INTRODUCCIÓN AL MATERIALISMO FILOSÓFICO. LA DOCTRINA DEL HIPERREALISMO, EPISTEMOLOGÍA, GNOSEOLOGÍA Y ONTOLOGÍA

Pablo Huerga Melcón

IES Rosario de Acuña, Gijón

1. La superación de la dualidad metafísica Sujeto-Objeto

1. ¿Vemos apariencias mejor o peor fundadas de una realidad acaso incognoscible, «exterior» a mi conciencia, o «interior» a ella, o bien vemos efectivamente la realidad objetiva, tal y como es? Ambas posiciones extremas, Idealismo y Realismo, no pueden superarse sin abandonar, de algún modo, el esquema metafísico en el que han circunscrito la reflexión sobre el «ser» y el «conocer»: la dualidad Sujeto-Objeto.

2. Gustavo Bueno ha propuesto en su defensa del *hiperrealismo*, la necesidad de «desbordar dialécticamente el dilema en el cual el marco binario nos encierra. A este efecto, dice, hemos propuesto un marco para el análisis de la experiencia tal en el que el análisis binario, sin ser ignorado, pueda considerarse «reabsorbido», a saber, un marco que sustituya las relaciones binarias por otras relaciones n-arias del tipo [Si/Sj/Oi/Oj/Sk/Ok/Oq/Sp]. Desde la perspectiva de este nuevo marco de análisis cabría decir que [...] podemos alcanzar las posiciones propias de una concepción *hiperrealista* de las relaciones entre el «ser» y el «conocer» (Gustavo Bueno, *Teoría del cierre categorial*, tomo III, Pentalfa, Oviedo 1993; pág.. 96). Veamos cómo puede plantearse una doctrina semejante.

3. **Bertrand Russell** recuerda que, aun cuando mantengamos una postura realista con respecto al mundo, es necesario distinguir entre los «**datos de los sentidos**» y los «**objetos físicos**». Diremos que éstos últimos dependen de la composición dialéctica de los datos de los sentidos que operan en distintos sujetos con respecto al mismo objeto fisicalista, así como en las distintas sensaciones que un mismo sujeto recibe en distintos momentos del tiempo, y a través de los distintos sentidos. Así, dice Russell con respecto al objeto «mesa»:

«Cuando diez personas se sientan alrededor de una mesa para cenar, parece excesivo afirmar que no ven el mismo mantel, los mismos cuchillos, tenedores, cucharas y vasos. Pero los datos de los sentidos son algo privado de cada persona particular; lo que es inmediatamente presente a la vista de uno, no es

inmediatamente presente a la vista de otro; todos ven las cosas desde puntos de vista ligeramente diferentes. Así pues, si ha de haber objetos comunes y públicos, que puedan ser en algún sentido conocidos por diversas personas, debe de haber algo por encima y más allá de los datos de los sentidos privados y particulares que se presentan en las diversas personas.»

Russell, pues, considera necesario tener en cuenta el papel de los distintos sujetos en la construcción de la realidad. Sin embargo, esto sólo no garantiza la superación del idealismo, porque el mundo se presentaría así como único e idéntico para todos los sujetos, y por tanto, reabsorbible en el ámbito de una conciencia trascendental al estilo kantiano. No vemos el mundo porque exista más allá de nuestra conciencia, sino porque tenemos las mismas condiciones de representación. Eso, por supuesto, si no salimos del marco dado por los sujetos humanos.

2. La superación del Idealismo: el hiperrealismo

1. La superación del idealismo se produce cuando se inserta al sujeto humano entre sujetos que no sean sólo sujetos humanos, sino también sujetos animales. Como advierte Gustavo Bueno, debemos incluir entre los sujetos a aquellos dotados de otras condiciones de percepción del mundo, los sujetos animales, pues su percepción del mundo difiere en gran medida de la nuestra. Muchos de ellos son capaces de «ver» cosas que nosotros no podemos percibir: los perros, capaces de percibir olores y sonidos imperceptibles para nosotros, etcétera.

Gracias a esta circunstancia podemos establecer dialécticamente el concepto de **fenómeno**. En efecto, ahora, «los «objetos» dados en el mundo como «objetos apotéticos» (es decir, con espacios vacíos entre sujetos y objetos interpuestos, gracias a los cuales las operaciones de aproximación y separación se hacen posibles) son, por tanto, *fenómenos*, considerados por relación a los objetos percibidos por otros sujetos.» (Gustavo Bueno, *Teoría del cierre categorial*, tomo III, pág. 101.) El mar que yo veo inmerso en las olas, es una apariencia para el tiburón que capta a gran distancia la presencia de una presa, sin que el agua le estorbe en absoluto. Esa carnaza para el sujeto humano no puede ser un fenómeno, mientras que el agua para el tiburón deja de ser un fenómeno en tanto que la abstrae como espacio intermedio entre el tiburón y la carne que ha olido «a distancia». La oscuridad que me envuelve en la caverna es una apariencia para el murciélago que se mueve en ella con total seguridad. Porque ahora lo que ocurre es que lo aparente no es el objeto percibido, sino el espacio vacío interpuesto, «invisible», una apariencia con respecto a otros sujetos, capaces de ver en ella lo que otros sujetos de otras especies abstraen. Del mismo modo el hombre abstrae el espacio interpuesto entre los objetos percibidos, dejando de ver lo que efectivamente hay entre ellos y nosotros.

2. Si pensamos en el fenómeno de la caza, por ejemplo, el camuflaje para pasar desapercibidos por el animal, las trampas ocultas en el bosque, o la presencia repentina e inesperada del depredador que sin ser visto ni oído se lanza sobre nosotros, entendemos que la realidad está más allá de nuestra forma de percibirla, y que nosotros mismos somos objetos de percepción de otros sujetos en condiciones no simétricas ni recíprocas, pero igualmente radicales,

trascendentales, porque en ellas nos jugamos la vida, etc. Los hombres primitivos conocían perfectamente esta dialéctica cuando trataban de aprender ritualmente las operaciones del animal, cuando ensayaban las técnicas de caza, o cuando relataban las apariciones repentinas del depredador invisible, etc.

Si pensamos en el desarrollo tecnológico de la guerra, muchos de los avances se basan en la consecución de formas de control del enemigo adelantándose a sus movimientos (es decir, haciendo visible lo invisible (por ejemplo el radar, la visión nocturna, etc.), o bien consiguiendo hacerse invisible para el enemigo. Es decir, jugando con el umbral de la percepción humana para alcanzar objetivos reales, más allá de las apariencias.

3. La superación del idealismo se produce cuando nos ponemos en la situación originaria «crítica» del conocimiento, que no es la del sujeto individual ante «el mundo», sino la del sujeto corpóreo formando parte de su horda o de su banda, a través de la cual se enfrenta a individuos o sujetos de otras hordas o bandas de la misma o de distinta especie zoológica. El idealismo se desvanece porque en esta circunstancia, cuando los sujetos humanos se consideran inmersos entre sujetos no humanos dotados de distinta percepción del mundo, «los objetos entre los cuales tenemos que hacer actuar a los demás animales, sin ser radicalmente equívocos, ya no pueden ser nunca, ni siquiera teóricamente, exactamente los mismos que los nuestros» (Bueno, *Teoría del cierre categorial*, tomo III; pág. 98).

4. Nuestra percepción no agota lo que hay, y lo que vemos no es todo lo que es, luego el sujeto humano idealista no da la única razón de la existencia de la realidad, y por lo tanto es imposible absorber en el «sujeto (humano "trascendental")» toda la realidad. El ataque inesperado de un oso a Descartes dejaría en ridículo sus especulaciones sobre si existe algo más allá de su conciencia o si sólo puede estar seguro de que él existe porque piensa, pues si está seguro de que existe se debe más al ímpetu en la carrera que alcanza en la huida ante la amenaza, si no le da caza el animal, en cuyo caso no podrá pensar más en su existencia.

5. En definitiva, como dice Bueno, «*los fenómenos apotéticos –los objetos [...]– no se constituirán (según la «metáfora idealista») como proyecciones de formas a priori o Gestalten de un sujeto, ni tampoco podrán suponerse dados (de acuerdo con la «metáfora realista») como sustancias que envían sus reflejos (eidola) hacia el sujeto cognoscente. Los fenómenos apotéticos son, por un lado, resultados de una acción reiterada –oleadas sucesivas de fotones que reproducen ciertos patrones procedentes de la fuente energética: el Sol [...] Por otro lado, son resultados de una kenosis que, a través de los filtros sensoriales, será capaz de abrir esos espacios vacíos aparentes, gracias a los cuales las operaciones son posibles. El mundo objetivo, el que corresponde a nuestra visión precientífica y, desde luego, el que corresponde a nuestra visión científica, se nos presenta así como una suerte de «espectro de absorción» practicado por nuestra subjetividad al intervenir en una realidad envolvente. Puede decirse, por tanto, que la morfología del mundo de la ciencia tiene que estar dada, en segmentos suyos esenciales, a escala del cuerpo humano [...]*

»Lo que llamamos apariencia, en resolución, no consistirá tanto en la presencia de lo que no es, cuanto en la ausencia sensible de lo que es y actúa: las ondas electromagnéticas o gravitatorias que invaden los espacios «vacíos» interplanetarios o, simplemente, el aire calmado y transparente que envuelve la atmósfera terrestre y que necesitó de la clepsidra de Empédocles para ser detectado. Por eso hablamos –en lugar de realismo o de idealismo– de hiperrealismo, porque la tesis más característica de esta concepción es la negación del vacío como no ser.»

6. Por ello, concluye Bueno, contradiciendo a Russell: no tiene sentido hablar de un desdoblamiento entre «objeto conocido» y «objeto real». El objeto real es el mismo objeto conocido, tal como se nos presenta en el contexto de su conocimiento, es decir, tal como es delimitado como objeto a través de nuestros aparatos, por ejemplo, microscopios ópticos, electrónicos, espectógrafos, telescopios, etc., de nuestras operaciones, movimientos, o simplemente de nuestros sentidos.

3. La realidad como construcción humana en la historia

3.1 Introducción

1. Según la doctrina del hiperrealismo, y teniendo en cuenta esta conclusión, a saber, que el objeto real es el mismo objeto conocido tal como se nos presenta en el contexto de su conocimiento, es decir tal y como es delimitado como objeto por nuestros aparatos, diremos que la Realidad es ese conjunto siempre creciente de objetos y sujetos que los hombres van «conociendo» y haciendo reales a escala operatoria a través del lenguaje, de las técnicas, de la producción industrial, de las ciencias, y de las tecnologías. «Conocer» es hacer operable y, por tanto, *real* a escala antropológica, entidades previamente inexistentes (desconocidas), para los hombres. La forma más simple y primaria de construcción del objeto y del sujeto no será otra que la que procede mediante la atribución de un nombre, la delimitación de un contorno por una palabra, y en este sentido el lenguaje es la primera y fundamental herramienta operatoria capaz de organizar, diferenciar y clasificar críticamente el mundo que nos rodea, a través de nuestras acciones. Lo que existe se hace real a través de nuestras operaciones de clasificación, diferenciación, y organización, lo que supone también, el establecimiento de relaciones entre los objetos, nunca definitivas, pero eficaces. Ser es ser conocido.

2. Según Gustavo Bueno, las ciencias también tienen su fundamento en los lenguajes naturales, y ellas amplían el horizonte del ser, tanto como el arte, las técnicas, la sociedad. En este sentido diremos que no tiene sentido decir que las células existían antes de ser conocidas gracias al microscopio. El Jurásico existió realmente, pero sólo cuando fue conocido e interpretados determinados estratos geológicos, restos fósiles, etc., se estableció esa realidad del tiempo geológico. Puede decirse retrospectivamente que existieron, pero antes de que se conocieran no eran una realidad existente, por lo que la ciencia en gran medida, igual que la tecnología o la industria, van produciendo (inventando) nuevas realidades. Tampoco tiene sentido entender la existencia de las células al margen

del microscopio que las hace visibles, o los átomos, o las partículas subatómicas al margen de los aparatos que las detectan, porque sin ellos no son cognoscibles, y por tanto su existencia no se podría afirmar en absoluto al margen de los aparatos con los que son «vistos».

3. Hablar de la realidad, en suma, es hablar de lo que los hombres mismos han hecho *real* a través de la historia. Como decía Marx, criticando al filósofo Feuerbach:

«No ve que el mundo sensorio que le rodea no es algo directamente dado desde toda una eternidad y constantemente igual a sí mismo, sino el producto de la industria y del estado social, en sentido en que es un producto histórico, el resultado de la actividad de toda una serie de generaciones, cada una de las cuales se encarama sobre los hombros de la anterior, sigue desarrollando su industria y su intercambio y modifica su organización social con arreglo a las nuevas necesidades. Hasta los objetos de la «certeza sensorial» más simple le vienen dados solamente por el desarrollo social, la industria y el intercambio comercial.» (Marx y Engels, *La ideología alemana*, en *Obras escogidas*, T. I, Progreso, Moscú 1980; pág. 24).

3.2. La Realidad como «materia determinada»

1. Pero esas realidades todas ellas son cuerpos materiales, **materia determinada**, operable y dotada de multiplicidad y codeterminación. Así es como se nos presenta la Realidad en primer lugar: como *materia determinada*, es decir, como cuerpos operables a escala humana, segregados sensorialmente de un entorno material denso (un *plenum* energético) en el que los sujetos también están inmersos, según la doctrina del hiperrealismo.

2. Pero desde el marco técnico y operatorio en el que estamos situando el análisis de la Realidad, la materia no se circunscribe sólo al campo de los objetos «apotéticos» manipulables. Tan materiales serán los cuerpos como las operaciones que realizamos sobre ellos, si entendemos a los sujetos también como objetos, así como las acciones que realizan. Y, al mismo tiempo, en la medida en que podemos establecer relaciones entre los mismos objetos, estas relaciones también serán materiales. Por tanto la materia determinada enseguida se nos distribuye en tres tipos o géneros de materialidad:

- 2.1. la materia corpórea operable;
- 2.2. las operaciones realizadas sobre ella;
- 2.3. las relaciones establecidas.

3. Que las operaciones como tales son materiales puede entenderse si tenemos en cuenta que la realidad de la materia no se da al margen del tiempo, constituido por la transformación de los cuerpos. Una representación teatral es material al margen de que sólo dure el tiempo en el que se está representando, lo mismo que un concierto musical, al margen de que pueda ser grabado en un soporte físico material reproducible, etc., lo cual no hace más que redundar en la misma idea de que las operaciones son también materiales. Por otra parte, las

relaciones establecidas entre los objetos son también materiales: tan material es una cesta de frutas, como la relación numérica que establecemos entre su peso y su valor de cambio en un contexto económico. Tan materiales serán los números que relacionan cantidades como las cantidades relacionadas, etc. Y si del conjunto de operaciones sobre materias concretas, resultan otras nuevas y diferentes, del conjunto de operaciones que establecemos entre los números surgen realidades numéricas inesperadas de manera necesaria y totalmente independiente del sujeto que las crea. Lo mismo diremos del lenguaje, y por lo tanto, también del pensamiento, contra Descartes.

4. Ontología y Materialismo. Apariencia y Realidad. La idea de Producción

Si la realidad, el ser, es el resultado de la **Producción**, la pregunta sobre la realidad debe concretarse en la pregunta sobre la materia. La oposición entre apariencia y realidad se entiende como una dialéctica dada en la historia de la producción, entendida como cancelación de las apariencias. La idea de Producción supone distinguir entre *finis operantis* y *finis operis* (es decir, entre los fines que se propone el sujeto en su acción, y los resultados efectivos de la acción: una cosa es lo que uno pretende, y otra bien distinta lo que realmente hace). La realidad es una resultante objetiva, que incorpora nuestras acciones, planes, programas, pero que no se reduce a ellas.

4.1 El sentido del materialismo

1. El sentido fundamental del **materialismo** es la consideración de que «el ser social determina la conciencia», es decir que esa figura que en el dualismo metafísico de la epistemología señalamos como Sujeto, no puede entenderse como una sustancia, ni como una unidad; que los sujetos forman parte del mundo objetivo, y que se van codeterminando a través de la mediación de otros sujetos (no sólo humanos) y otros objetos. De la misma manera que el segundo término de la dualidad epistemológica, el Objeto, no se presenta como «algo en sí», sustancialmente determinado, ya sea como expresión del Dios de Berkeley, o como expresión del *noúmeno* kantiano, sino como una pluralidad en constante transformación, y sometida a la acción productiva y destructiva humana: la realidad, el ser, y la conciencia son esencialmente un producto histórico.

En este sentido, dice Gustavo Bueno: «reconocer el carácter originario de los objetos del mundo es tanto, no ya como suponer que los objetos del mundo son contenidos de mi conciencia subjetiva [al estilo del idealismo], cuanto suponer que mi conciencia, solidariamente ligada a otras conciencias, es un componente del mundo.» (G. Bueno, *Ensayos materialistas*, Taurus, 1972; pág. 414.)

2. Por tanto, la pregunta tradicional de la Ontología «¿qué es el ser?» debe abandonarse, y debe ser sustituida por otra que no postule ya de principio una entidad más allá del mundo operatorio humano. Esto tampoco nos garantiza evitar la metafísica, pero nos permite distinguir y situar críticamente nuestra

posición filosófica frente a otras de manera clara y concisa. La pregunta que la Ontología se debe hacer es **¿qué es la materia?** Precisamente cuando entendemos la materia como la expresión misma de la heterogeneidad absoluta de los componentes del mundo y asumimos además que la Realidad va construyéndose a través de la **Producción** humana, **cancelando las apariencias**, entonces nos situamos en la perspectiva del materialismo y nos alejamos de cualquier posición metafísica.

4.2. La realidad como proceso histórico de cancelación de las apariencias

Si entendemos la realidad como resultante de las acciones de los hombres, de la técnica, de la industria humana, del lenguaje, de las ciencias, del arte y de las tecnologías, el mundo se nos revela como algo imperfecto, inacabado, cambiante. En cada momento la realidad no es más que una apariencia superada y negada, cancelada históricamente por la intervención humana en los cuerpos a través de las operaciones de división, y clasificación, ejercidas de manera incesante.

Las **apariencias** no serán simplemente lo que no es la realidad, sino también un postulado necesario, «apariencias bien fundadas», canceladas cuando se comprenden entre otras cosas los procesos causales de su constitución o las partes formales que las componen, etc., etc. Ni siquiera las sombras que los esclavos veían en el famoso «**Mito de la caverna**» de Platón serían simplemente algo falso e irreal, absolutamente, pues aunque fueran apariencias de otra realidad, serían apariencias bien fundadas, consecuencia de los procesos de proyección de un haz de luz contra objetos intermedios cuyas sombras son proyectadas en la pared. El carácter de las imágenes como aparentes quedará cancelado y explicado cuando el esclavo no solamente las entiende como imágenes, sino cuando entiende que esas imágenes son producto causal de la proyección de las sombras de los objetos sobre los cuales incide el haz de luz del fuego situado más atrás.

4.3. La cancelación de las apariencias en la historia política

Marx utilizaba este criterio para confirmar la realización de la sociedad comunista como sociedad verdaderamente humana. Una realidad que cancelaría la época capitalista como apariencia, en la medida en que tuviera lugar la transformación, no mecánica, sino por mediación, otra vez, de la acción humana, a través de la Revolución social. El fracaso de esta revolución, o el error en la predicción, no niega la tesis ontológica de cancelación de las apariencias, porque ahora lo que es aparente es esa sociedad humana final comunista, a su vez negada por la mediación de la acción humana revolucionaria, mostrando que la construcción de la realidad no es un proceso uniforme rectilíneo y universal, «llevado a cabo por la humanidad», o por una parte significativa de ella en especial, sino por la mediación de las acciones de los hombres compuestos en distintos grupos sociales, castas, naciones, pueblos o Estados, clases, etc.

Estas acciones hay que entenderlas como contradictorias entre sí en muchos aspectos (porque los planes y programas de unos grupos se oponen a los de otros grupos, como los planes del capitalista se oponían a los de los obreros, etc.), de manera que el resultado histórico no queda reducido nunca tampoco a las previsiones o programas de ninguno de los grupos. Y así, las previsiones y programas adquieren también el sentido de apariencias, pero no necesariamente contradictorias con la realidad, porque sólo por su mediación alcanzamos nuevas situaciones históricas. Aquí radica quizá el significado más profundo de la Idea de Producción en tanto que configura nuevas realidades objetivas, al margen de los sujetos que las construyen, porque en gran medida desbordan el presupuesto de origen, y hace imposible que una realidad dada pueda reducirse a su génesis, como tampoco la realidad de un hombre puede quedar reducida a su origen biológico paterno y materno, etc. En términos escolásticos, el *finis operantis* no coincide con el *finis operis*.

4.4. La cancelación de las apariencias en la historia de las ciencias

Cancelar las apariencias significa por tanto, conocer los mecanismos causales, deterministas que las producen, y por lo tanto, entender las apariencias como un camino seguro para el «conocimiento» y la transformación de la Realidad. Lo cual, a su vez, garantiza los procedimientos de las ciencias cuando, a través de sus instrumentos operadores transforman la realidad dada a escala operatoria en una apariencia formada por una realidad «invisible» directamente.

Los instrumentos científicos y técnicos, advierte Gustavo Bueno, no serán simplemente amplificadores de nuestras capacidades perceptivas, «extensiones de nuestros sentidos», sino operadores que transforman la realidad, haciéndola susceptible de cambios y modificaciones mucho más precisas (pensemos por ejemplo en los procedimientos de manipulación genética en los OMG's (Organismos Modificados Genéticamente) que pueblan hoy gran parte de la actual industria agrícola mundial, frente a los procedimientos de selección artificial tradicionales que han marcado la historia de la agricultura, etc.) Cuando un microscopio hace «visible» una célula, una visibilidad aparente mediada por el microscopio, no la convierte en irreal, sino en la mejor garantía para su manipulación objetiva. Lo mismo diremos de los átomos, o de las partículas subatómicas conseguidas mediante procedimientos tecnológicos extraordinariamente complejos, con los aceleradores de partículas, etc.

De esta manera, no podemos separar el **objeto conocido** del **objeto en sí** al margen de nuestra forma de conocerlo. Es totalmente absurdo suponer que puesto que un objeto sólo es visible a través de determinados instrumentos, es menos real, o no existe realmente, tal como se ha discutido acerca de los átomos o incluso de las partículas subatómicas, etc., etc.

5. La ontología materialista

(Nota: El contenido de este apartado lo basamos en los *Ensayos materialistas* de Gustavo Bueno, 1972). La ontología materialista ha sustituido la pregunta por el ser, por la pregunta por la materia. Pero la idea de materia no se agota en el

contexto de la producción humana, si esta se entiende como un proceso inacabado. Por eso es necesario abordar la idea de materia desde la ontología especial (marco de nuestras operaciones), y desde la ontología general. En la ontología general se abordará la idea de materia, o la cuestión de la indeterminación esencial del proceso de producción. En la ontología especial se abordará la idea de materia desde el contexto de la idea de materia determinada.

Para exponer los rasgos básicos de la ontología materialista tomamos como referencia la clasificación clásica de Wolff entre ontología general y ontología especial. Si tradicionalmente la ontología general trata del «ser en general» y la ontología especial, de las regiones o géneros del ser (las tres ideas de la metafísica: mundo, alma, Dios), la ontología general materialista versará sobre la Idea de Materia; mientras que la ontología especial versará sobre los géneros de materialidad.

5.1. Ontología general materialista

1. Según la filosofía de Gustavo Bueno, los materiales con los que trabaja la filosofía son las ideas. Una de estas, la más significativa desde el punto de vista de la ontología, es la idea de **Materia**. Decimos que la Materia es una idea filosófica y no un contenido categorial de alguna ciencia, porque ella está presente en los más diversos ámbitos categoriales, en todas las ciencias, en las técnicas, y en toda actividad humana. Pero su presencia no es unívoca, sino más bien equívoca, en el sentido de que la acepción de materia derivada de los distintos ámbitos de la acción humana no es uniforme, sino contradictoria. La materia aparece en principio, ya decíamos más atrás, como «materia determinada», entendida como pluralidad de cuerpos «manipulables», operables.

2. Pero el concepto de materia que nos propone la física cuando nos ofrece los resultados de sus investigaciones sobre partículas subatómicas, en los aceleradores de partículas, es muy distinto. Allí la materia se manifiesta de manera extraña, con partículas que se desvanecen casi instantáneamente, vistas a través de rastros en una placa fotográfica. Una inestabilidad esencial que propicia la imagen de un perpetuo fluir, más que la de una realidad estable, corpórea. Masa y energía son intercambiables. Dependiendo del diseño del experimento, la materia a este nivel subatómico se nos manifiesta de modo ambivalente, como onda, o como corpúsculo, pero nunca de las dos maneras a la vez, lo cual llevó al principio de indeterminación de Heisenberg, abriendo el campo a todo tipo de especulaciones teológicas. Se habla de partículas sin masa, o de realidades unidimensionales como las «supercuerdas», o de «antimateria», para referir el comportamiento anómalo de determinados elementos.

La materia se manifiesta en el estudio del cosmos de un modo también extraño. El universo se presenta como una realidad originada en una singularidad que responde al nombre de «nada» más que a cualquier otra cosa, y entre los postulados propuestos para la defensa de la teoría del estado estacionario del cosmos, está el de la creación continua de materia de Hoyle. Creación «de la nada» (bien es verdad, que en cantidades muy pequeñas...) La materia parece infinitamente divisible, contra cualquier superficial atomismo práctico, y su

indagación nos aleja cada vez más de cualquier tipo de determinismo, y más aun de cualquier visión del mundo «como un todo».

3. La materia a escala física es incapaz de explicar el funcionamiento y la estructura de la materia a escala biológica, aunque sus contenidos sean esenciales. Pero tampoco la materia a escala biológica es capaz de dar cuenta de los contenidos de la etología. No es posible explicar en términos biológicos la conducta animal, y menos aún la conducta humana, por más intentos que haya habido en este sentido (uno de los más significativos es la escuela llamada «sociobiología»). Si Dawkins pudo escribir su libro *El gen egoísta* sobre la hipótesis de que nuestros cuerpos son los instrumentos de que se valen los genes para perpetuarse como tales, Hilary Rose y Lewontin pudieron contrarrestar con su libro, *No está en los genes*, para explicar que las razones que guían el comportamiento de los hombres están en la historia y la sociedad, por más paralelismos que podamos encontrar entre la conducta agresiva de un chimpancé y la de un héroe militar americano de la pequeña pantalla. Los proyectos a favor de la *Eugenesia*, como mecanismo para recuperar el vigor en las naciones (tal y como se proponía en EEUU y en la Alemania Nazi), pudieron llevar, por el contrario, a la URSS a condenar a muerte a uno de sus mejores genetistas (**Nicolai Vavilov**), en aras de una ideología socialista en virtud de la cual todas las diferencias entre los hombres deben ser solamente históricas, sociales (este fenómeno se conoce como el *Affaire Lysenko*). Menos aún podrá explicar, en términos físicos o químicos, ni siquiera bioquímicos, la historia de la humanidad, y menos aún la propia historia de las ciencias. Pero todos estos campos categoriales nos hablan de la realidad, de la materia. Una realidad que no queda cancelada ni resuelta por ninguna explicación unívoca.

Ahora bien, la idea de materia que así se nos presenta «no significa otra cosa que la negación de la posibilidad de que el entendimiento de la realidad quede definitivamente *cancelado* en virtud de explicación unívoca alguna» (Vidal Peña, «Ontología», en Miguel Ángel Quintanilla, *Diccionario de filosofía contemporánea*, ed. Sígueme, Salamanca 1976).

4. Por otra parte, los campos de las ciencias mantienen ámbitos de indeterminación esenciales, es decir, el reconocimiento de la imposibilidad de un conocimiento definitivo acerca de todo lo real. Esta cuestión está en la base de lo que se llamó precisamente la crisis de los fundamentos de las ciencias, a principios del siglo XX y que llevó a Lenin a publicar su *Materialismo y empiriocriticismo*. Esta misma crisis se vio agravada con el establecimiento del Principio de incertidumbre de **Heisenberg** que animó especulaciones de todo tipo y contra el que Einstein luchó toda su vida, sin resultado. La tesis de **Newton** según la cual otros mundos distintos al nuestro y dotados de otras leyes naturales son posibles, sigue siendo absolutamente válida, y el *ignorabimus!*, es decir, la existencia de franjas de imposible conocimiento por parte del hombre sigue creciendo conforme avanzan las ciencias en su camino de cancelación de las apariencias.

5. La tesis de la ontología general materialista dirá que la realidad es materia, que todo es materia, pero que la materia se dice de muchas maneras, de tantas al

menos, cuantas categorías hay, pero sin que ninguna de ellas pueda servir de fundamento, ni de explicación, ni de razón unívoca de «lo que hay».

El materialismo es entonces, incompatible con cualquier **filosofía monista** o **reduccionista**. El materialismo es pluralismo radical. No se puede hablar filosóficamente de algo así como «realidad en general», porque no hay tal cosa. El concepto de materia es negativo y crítico. Pero tampoco es la nada. La idea de materia en sentido ontológico general es el resultado del ejercicio crítico de la filosofía tal y como quedó formulado en la obra de Platón, y concretamente en el Mito de la caverna. La idea de materia es el resultado de un *regressus* crítico ejercido sobre y desde el mundo de los fenómenos, desde el mundo conocido y recogido en los más diversos ámbitos categoriales en los que el hombre ejerce incesantemente, históricamente, la cancelación de las apariencias, es decir, la construcción de la realidad.

La Materia en sentido ontológico general, tal como se nos presenta desde la perspectiva de la cancelación de las apariencias operada por las ciencias y en general por la producción humana, supone la «*desustancialización de toda realidad, de toda fijación. La perspectiva de la fluidez de todo lo real*» (G. Bueno, *Ensayos materialistas*, pág. 176).

La materia en sentido ontológico general supone la negación de cualquier fundamento, ya sea teológico (Dios), o metafísico, algo como el «ser», y la afirmación de que cualquier intento por restablecer la teología o la metafísica no muestran más que el miedo a afrontar no solamente la realidad como construcción humana, sino el miedo a afrontar la responsabilidad que el hombre tiene en la determinación de «lo que es».

6. El ateísmo, y no solamente el agnosticismo, es decir, no la duda ante lo que hay, sino el reconocimiento de que las ciencias han desechado a Dios (como le dijo **Laplace** a **Napoleón**, cuando éste le preguntó si había incluido a Dios en su sistema, a lo que Laplace contestó "señor, yo no he tenido necesidad de esa hipótesis"), es la conclusión del materialismo. La idea de Dios se ha ido convirtiendo cada vez más, a lo largo del último siglo, en la expresión timorata de ese *ignorabimus!*

Pero si las franjas de nuestra ignorancia se amplían incesantemente, más se afirman los conocimientos ciertos que nos proporcionan las ciencias, alejando de ellos cualquier rastro de teología. Si las contradicciones antes consideradas abren el camino hacia una idea de materia en sentido ontológico general como pura negatividad, como expresión de la imposibilidad de establecer ningún fundamento, precisamente en virtud de nuestros firmes conocimientos, esa negación tiene una fórmula etimológica: «a-teísmo».

5.2. Ontología especial materialista

1. La ontología especial se refiere tradicionalmente a las regiones o géneros del ser. Aquí nos referiremos a los géneros de la idea de materia. Estos géneros, según lo dicho anteriormente, no agotan la realidad, la materia, pero estructuran

el material categorial desde el que se ejerce la reflexión, el *regressus* hacia la Idea de Materia en sentido ontológico general. Los géneros de materialidad son inconmensurables, y por tanto, no pueden reducirse los unos a los otros, ni explicarse los unos desde cualquiera de los otros. El contexto en el que se configuran como tres géneros de materialidad, como vimos más atrás, es el contexto técnico, práctico, pero ampliado en razón del mismo desarrollo de las ciencias y visto desde la perspectiva de la negatividad representada por la Idea de Materia en sentido ontológico general.

2. Estudiaremos los tres géneros de materialidad desde un punto de vista denotativo, es decir determinando las materialidades a las que se refiere cada género:

2.1. El primer género de materialidad o **M1** cubre la dimensión ontológica en la que se configuran aquellas entidades (cosas, sucesos, relaciones entre cosas) que se nos ofrecen como constitutivos del mundo físico exterior; es decir, todas aquellas entidades, tales como campos electromagnéticos, explosiones nucleares, edificios o satélites artificiales que giran; por tanto, también colores en cuanto cualidades objetivas desde un punto de vista fenomenológico. En este género de materialidad se disponen en conjunto todas las realidades exteriores a nuestra conciencia. Todas las cosas que se aparecen en la exterioridad de nuestro mundo. Los cuerpos y las propiedades objetivas asociadas a ellos en la percepción. Epistemológicamente distinguiremos en este género los contenidos exteriores dados fenomenológicamente, dentro de unas coordenadas históricas presupuestas, por un lado, y por otro, los contenidos exteriores que no se dan fenomenológicamente, pero que son admitidos como reales, en este género, por otros motivos (la cara opuesta de la luna en fechas anteriores a su circunvalación por los soviéticos y norteamericanos; el centro de la tierra).

2.2. El segundo género de materialidad o **M2** acoge todos los procesos reales dados en el mundo como «interioridad», es decir, las vivencias de la experiencia interna. Los clasificaremos epistemológicamente en dos: las vivencias de la experiencia inmediata de cada cual, emociones, sensaciones cenestésicas... Esta experiencia se da en el fuero interno, los dolores, apetitos, etc. Por otro lado están los contenidos de la experiencia ajena (animal o humana) en la medida en que esta experiencia es sobreentendida como interioridad. Estos contenidos, aunque son *invisibles* no por ello son menos materiales y reales que los primeros y envuelven toda la conducta humana. Su aspecto material se manifiesta cuando totalizamos esta experiencia, cuando consideramos los procesos internos de cada individuo formando parte de un *medio* común, dotado de la legalidad determinista peculiar en la que se basan las esperanzas que los políticos ponen en sus mensajes electorales, o en la que se basan los vendedores de productos en los anuncios publicitarios, etc. No hay duda de que la elección de un partido es un proceso estrictamente personal, o la elección de un producto cualquiera, pero tampoco hay duda de que esa elección se ve en gran medida afectada por los estímulos externos usados para su venta, al menos cuando coincide que de todos los partidos, millones votemos al mismo, o cuando coincide que de todos los refrescos del mundo, millones elegimos *coca-cola*, etc.

2.3. El tercer género de materialidad (**M3**) denota objetos abstractos, es decir, no exteriores, pero tampoco interiores, tales como el espacio tridimensional geométrico reglado, las rectas paralelas, el conjunto de los números primos, el sistema de los cinco poliedros regulares, la "Langue" de **Saussure**, aunque también habría que incluir en este género no sólo las entidades esenciales, sino también entidades individuales y concretas, empíricas, aunque ya irrevocables, como son las realidades sidas en la medida en que su ser actual ya no pertenece ni al primer género, ni al segundo: César, por ejemplo, no es una parte del mundo físico actual, ni del segundo género.

3. Desde un punto de vista epistemológico, podemos decir que cada género va asociado a operaciones cognitivas bien diferenciadas:

El primer género va asociado a los llamados sentidos externos (vista, oído, tacto, etc.), a la percepción externa.

El segundo género va asociado con los sentidos internos, intraceptores, sensaciones cenestésicas, etc.

El tercer género va asociado a operaciones más complejas, vinculadas a la corteza cerebral (deducción, abstracción, imaginación..)

4. Además, podemos considerar que en cada género de materialidad pueden determinarse esferas científicas diversas. Así por ejemplo, en el primer género estarán las ciencias biológicas, las mecánicas; en el segundo género situaremos las ciencias sociológicas, las psicológicas, las etológicas; en el tercer género situaremos las ciencias matemáticas, las morales, las lógicas. Ello sin perjuicio de que en cada ciencia, técnica, o proceso social, personal, etc., podamos encontrar la presencia de los tres géneros de materialidad entretnejidos de modo diverso.

5. Los criterios ontológicos utilizados para realizar esta clasificación serán los siguientes:

En el primer género de materialidad se reúnen todas las entidades que, de un modo inmediato caen en el ámbito del espacio, pero entendiendo por espacio no un concepto geométrico, sino el espacio individual, en el que se dan las relaciones de lejanía o proximidad, de movimiento-desplazamiento, cambio. Un espacio dotado de unicidad según la percepción históricamente constituida.

El segundo género de materialidad reúne a todas las entidades que caen en el ámbito del tiempo presente, considerado también no como una idea abstracta, sino como una magnitud individual dotada de unicidad. El tiempo es el modo de relación característico de las entidades del segundo género.

El tercer género de materialidad reúne a todas las entidades que propiamente no caen ni en el espacio, ni en el tiempo, aunque sean resultado de la producción histórica humana.

6. En virtud de la negatividad establecida en la idea de Materia en sentido ontológico general, diremos que frente a la visión metafísica tradicional, ni M1

supone la idea de una sustancia extensa como soporte de esa realidad, ni M2 supone una sustancia espiritual, ni M3 alude a una sustancia divina, a un «cielo de las ideas». De la misma manera, ninguno de los géneros puede absorber a los otros dos, erigiéndose en la «verdadera materialidad». Las distintas reducciones que han sido ejercidas en la historia de la filosofía por diversas escuelas pueden quedar englobadas en una primera aproximación en los tres formalismos siguientes:

6.1. Formalismo primario: reducción de M3 y M2 a M1. Caso del mecanicismo, sea atomístico u holístico. Es un caso bastante común en la filosofía espontánea de los científicos. Se trata de un monismo reduccionista que suele ejercerse desde la química o la física utilizando sus categorías para dar cuenta de «todo lo demás».

6.2. Formalismo secundario: reducción de M3 y M1 a M2. Caso del subjetivismo, sea individual, representado por el *solipsismo*, social, el *sociologismo*, tipo Protágoras, o trascendental: el del idealismo kantiano. En general este formalismo secundario da cuenta del idealismo en su sentido más fuerte, tal como lo representa Berkeley, por ejemplo.

6.3. Formalismo terciario: reducción de M2 y M1 a M3. Caso del esencialismo platónico en donde la realidad de los fenómenos físicos o mentales se interpreta como apariencia frente a las *esencias*, entendidas como la *verdadera realidad*. Un caso extremo lo representará el **pitagorismo** que reduce todo a proporciones numéricas. El esencialismo, obviamente considerará las esencias como necesarias e intemporales, «descubiertas» por el hombre, o entrevistas en la mente de Dios a través de la naturaleza, etc.

7. Esto no significa que no existan correspondencias entre diversos géneros, que dan la medida de la aplicación de modelos gnoseológicos de una ciencia a otra que estudia realidades de otra escala, etc.

Entre M1 y M2: el comportamiento de un grupo de ciudadanos abandonando un estadio de fútbol ante una situación de emergencia, y el movimiento browniano de las partículas de un gas, etc.

Entre M1 y M3: la correspondencia entre la elipse dibujada por el astrónomo para representar el movimiento de un planeta y la elipse como figura geométrica, etc.

Entre M2 y M3: la correspondencia base-superestructura, cuando Farrington dice que la ciencia griega es resultado de una clase ociosa, o del sistema esclavista, etc.

Todas estas correspondencias quedan convenientemente rectificadas por la perspectiva crítica de la inconmensurabilidad entre los géneros que representa la idea de Materia en sentido ontológico general. Sería, por tanto, acrítico todo intento «cientista» de querer dar cuenta de la realidad desde una determinada categoría, como más explicativa que cualquier otra.

5.3. Relación entre ontología general y ontología especial

1. La idea de materia ontológico-general es la crítica de todo intento de sustancialización del mundo. Su intervención hace que los contenidos mundanos, que toda verdad humana adquiera un aspecto problemático, no definitivo. Es decir, que todos los contenidos mundanos sean vistos bajo la perspectiva de la historia de la producción humana; bajo la perspectiva según la cual es imposible alcanzar un conocimiento definitivo de lo real y entenderlo como «un todo».

Como idea históricamente constituida, el *regressus* crítico que supone la idea de materia ontológico general, la negación permanente, se hace desde y sobre los materiales del mundo en tanto muestran una heterogeneidad irreductible.

2. La filosofía materialista, como se ha dicho, es ante todo el intento de asumir a fondo la responsabilidad que el hombre tiene en la historia y, por tanto, en la configuración de la realidad, admitiendo que nada es definitivo, y que el resultado de la composición de nuestras acciones nos lleva hacia lugares inesperados e inexplorados, más allá de nuestra voluntad, pero contando necesariamente con ella. Como dice Gustavo Bueno:

«La razón materialista se constituye por la crítica a los conceptos del entendimiento, como conceptos mundanos, crítica que está vinculada a la misma posibilidad que tienen las cosas para autodestruirse, por la mediación de otras. La conciencia racional, en tanto que ligada al mundo, in medias res, sólo puede desarrollarse y avanzar con el proceso mismo del mundo haciéndose y deshaciéndose: no puede ir más allá del estado en que el mundo se encuentra. Pero la conciencia de su limitación por el estado del mundo le hace desear el cambio del mundo como condición necesaria para que nuevas determinaciones puedan producirse, nuevos problemas resolverse. Al mismo tiempo, tiene que desear la permanencia de los cuerpos, en cuanto solidaria de ellos. Este interés de la conciencia filosófica por el cambio del mundo, como condición de su propio progreso, y, al mismo tiempo, esta experiencia de permanencia en los cuerpos como condición de su existencia, es la antípoda, por un lado, del inmovilismo, y por otro de la visión escatológica. Exigir el cambio de las cosas del Mundo corpóreo sin destruir el Mundo, sumergiéndolo en un transmundo incorpóreo, es la contradicción misma en la que puede darse la acción revolucionaria –que busca el cambio del mundo social, mediante la lucha, que, poniendo en peligro el propio cuerpo, por la muerte, asegure, sin embargo, una nueva posibilidad de vida a ese cuerpo que ha sido destruido» (G. Bueno, Ensayos materialistas, págs. 182-83).
